# La prensa de entonces

## El brindis de Menéndez y Pelayo en el centenario de Calderón

(CONCLUSIÓN)

La polvareda que los briosos párrafos de Menéndez Pelayo levantaron dió que hablar largo a la prensa, como ya hemos visto; pero no paró en esto, sino que también en el terreno particular continuose comentando durante algún tiempo el famoso Brindis.

Consérvanse aún en la Biblioteca del Maestro, en legajo separado del resto de la correspondencia, más de un centenar de cartas, todas ellas curiosas, en las que admiradores y amigos de Menéndez Pelayo le felicitan por las frases pronunciadas en aquel banquete. Obispos que hablan en nombre propio y en el de sus feligreses; Asociaciones y Centros católicos acompañando pliegos de adhesión y aplauso en los que se agotan los adjetivos de encomio para el joven catedrático; humildes sacerdotes que al mostrar su simpatía por el defensor de sus creencias; quien le brinda con el obsequio de las obras de Erasmo que posee en su librería; cual otro, más pobre, que en lugar de obsequiarle, pide que le favorezca con el regalo de la Historia de los Heterodoxos, obra por la que muestra gran entusiasmo y que no puede adquirir más que dándosela a cuenta de limosnas para misas, ya que casi siempre tiene libre la intención en el apartado villorrio cuya cura de almas se le ha confiado.

Amigos de la infancia, familiares y condiscípulos, sobre todo catalanes, entre los que se ven nombres ilustres que poco después habían de brillar por su saber y letras, felicitan con cariñosas y emocionadas frases al amigo, al pariente, al compañero que no hacía mucho había dejado las aulas como estudiante.

Don Antonio José Pon y Ordinas, catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona, después de felicitar a Menéndez Pelayo por su brindis, añade esta interesante P. D.:

«En esta Universidad nuestro querido maestro el Sr. Milá, en su breve disertación sobre Calderón, puso con certeros rasgos en su debido lugar la cuestión del Centario.»

Otro catedrático de aquella Universidad, a la que siempre miró Menéndez Pelayo con especial cariño, le felicita también de un modo particular y cordialísimo. Es D. Joaquín Rubió.

Casi me alegro, le dice este ilustre catedrático, de que hubiese imprudentes y malos españoles «que provocaron el expontáneo ditirambo, que honor de tal tiene su calurosa improvisación, con que salió V. por la honra de Calderón y por la España católica, apostólica, romana, con municipios democráticos bajo una monarquía cristiana, del tiempo de aquel poeta».

Y junto a la del padre viene la carta del hijo, del amigo entrañable en las aulas barcelonesas, de aquel que supo hacer siempre honor a esta antefirma que pone en la presente carta a su carísimo Marcelino: «Tuyo siempre *usque ad mortem*», del venerable D. Antonio Rubió, a quien también nuestro Horacio Español pudo llamarle, cual nuevo Virgilio, *dimidium animæ mæ*. Mil gustos y aficiones, modos de pensar y sentir, pero sobre todo el amor de ambos por la clásica antigüedad, había unido con honda e imperecedera amistad a estos dos insignes y sabios maestros.

«Tomo también la pluma, le dice a Menéndez Pelayo su mejor amigo, para unir mi humilde parabién a los muchísimos de más valía y justamente merecidos, que con motivo de tu último famoso brindis, se te habrán dirigido.

Fué este una exposición concisa y elegante de las nobles ideas que has sostenido siempre en tus obras, y aunque para mí, asiduo y entusiasta lector de tus producciones, no tenían el aliciente de la novedad, ganaron en valor por la energía y oportunidad con que las manifestaste de nuevo.

Creo que de esta ciudad, que te aprecia en lo que vales y que agradece tus buenos recuerdos, recibirás muestras de afecto que te alegrarán, y consolarán tal vez, si es que los insultos y dicterios de la prensa liberalesca han podido causarte algún disgusto.

Nada más te digo respecto a tu brindis, porque no haría otra cosa

que repetir lo que te dice papá en su carta, y lo que en las columnas de los periódicos católicos se ha escrito con tan fausto motivo. A las felicitaciones entusiastas que estos últimos como católicos te dirigen, me cabe la dicha de añadir las que como amigo íntimo, y casi de tu infancia, te expreso con todo mi corazón. Ya sabes la parte principalísima que tomo en todos tus legítimos triunfos».

También de la ciudad condal le llegaba otra carta, fechada por aquellos días, del más genial poeta que ha tenido Cataluña. Su autor, Jacinto Verdaguer, era ya por entonces amigo del joven catedrático de la Central, que tan sinceros elogios hizo del autor de la Atlántida y Canigó.

«Queridísimo amigo y mi respetable señor: Creería faltar a un deber de conciencia si no uniera mi humilde y desautorizada voz al coro de calurosas enhorabuenas que lloverán sobre V. con motivo de su valiente, cristiano y patriótico *brindis*. Mas que *brindis* es un reto a la impiedad que sólo el autor de los Heterodoxos Españoles podía echar en cara a los herejes de nuestros desgraciados tiempos.

Todos los buenos están con V. en las cuestiones principales de su peroración que tanta polvareda ha levantado en el campo de los enemigos de nuestra Santa Religión, y a muchos he visto verdaderamente entusiasmados no sólo de sus ideas capitales, sino de los más pequeños detalles.

Dios le conceda largos años de vida para decir las verdades a nuestro siglo olvidado de Dios y para consuelo de los que seguimos sus banderas. Así se lo pide en sus pobres oraciones este su amigo que de corazón le quiere, Jacinto Verdaguer, Prbo.»

En «El Siglo Futuro», el primer periódico que publicó íntegro el brindis, se recibían cartas de felicitación por la campaña que había realizado con motivo del centenario y de adhesión y enhorabuena para el autor del famosísimo discurso.

Don Ramón Nocedal, que veía como el talentudo joven se le escapaba, a pesar de la amistad particular que con él tenía, hacia las filas de «La Unión Católica», le pone esta insinuante coletilla en una de las cartas que le remite:

«Querido Marcelino: Uno de los que escriben adhiriéndose al *Siglo Futuro*, contra todos los pícaros, incluso V., me envía además esta otra carta, y quiere que V. la vea.

Crea Vd. que entre todas las alabanzas que V. reciba, pocas habrá más sinceras y entusiastas que las de mis amigos.

Llámase este Francisco Martínez. Firma con iniciales para que, si V. quiere, se publique su carta.

Suyo, suyísimo, R. Nocedal.—Junio 4/81».

Fuera de esta curiosa apostilla con que la respalda, la carta en sí no ofrece ninguna particularidad. El tono de asombro y admiración de otras muchas para el sabio, joven y eminente catedrático, la adhesión a las grandiosas ideas expresadas en su brindis, e item más, la franca y larga alabanza del lector para el periódico de su devoción fervorosa.

Y entre los amigos, como era natural, no podía faltar en esta ocasión la carta cariñosa de D. José María de Pereda, en la que no se limita a felicitar a su amigo Marcelino, sino que como siempre le da cuenta detallada de sus andanzas y proyectos.

Aunque no toda hace al caso, bueno será que publiquemos íntegra esta carta del gran novelista, hasta ahora inédita, y que contiene algunos curiosos datos:

«Santander 13 de junio—81.

Querido Marcelino: Conozco, sino todo, la mayor parte de cuanto se ha impreso para ensalzarte y para ofenderte con motivo de tu magnífico brindis del Retiro. Sigo creyendo que hay mucho de providencia en cuanto te sucede; pues en lo humano no suelen aparejarse las cosas de tal modo. Sólo el valor que representa aquel acto, en ocasión tan solemne, merece una corona, y hasta la ira desatentada de la gente liberal contribuye grandemente al triunfo. Me gustó mucho la carta de este Sr. Obispo. Lo que deploro es que el *Siglo Futuro* quiera llevar también la química de su intransigencia al asunto. ¡Qué debilidades! Con todas estas cosazas, mi deseo de verte por acá es mayor que nunca. ¿Cuándo vienes? Yo no podré ir este año a Polanco hasta el mes de agosto, ni, por consiguiente, trabajar hasta entonces con verdadero fruto en la novela, si tal nombre merece una serie de cuadros enlazados por un hilván. (1)

Al fin la publicará la casa de Barcelona. Gente es verdaderamente incontrarrestable. Diles muy poco ha, por razón de mi negativa, la dificultad de ilustrar el texto con dibujos, por ser la Montaña desconocida para los dibujantes de allá, y a eso me respondieron que vendría aquí un artista, el que yo eligiera. No hubo más remedio que ceder; y en eso estamos. Según carta que tengo ayer, están en tratos con ese D. E. Mélida. De dinero no hemos hablado todavía y pienso dejar el

(1) Se refiere a «El Sabor de la Tierruca».

asunto a su discreción y buena fe. La verdad es que es caso raro en España una empresa semejante.

Aquí se vendió bastante el primer reparto de la Biblioteca y gustó mucho el tomo de las traducciones *intus et extra*, como tú dices.

Tengo hasta la 5.ª de las *Conferencias*. ¿Cuántas faltan? La impresión es digna del texto; pero el *vulgo* las encuentra un poco caras. Ya he visto que son el mismo juicio que has puesto como prólogo a los tomos de comedias publicadas por la Biblioteca clásica.

De otra porción de asuntos que bullen en mi memoria, no te hablo hoy; déjoles para cuando nos veamos.

Entre tanto con mi felicitación cordialísima, recibe un abrazo de tu amigo entrañable, J. M. de Pereda.»

Gustole mucho a Pereda, según él nos dice, la carta del Sr. Obispo de Santander, y efectivamente para que le gustara al autor de «Peñas Arriba» era aquella felicitación del doctísimo D. Vicente Sánchez de Castro, que rigió con gran tino, prudencia y sabiduría la diócesis montañesa durante varios lustros. Menéndez Pelayo tuvo en especial estima a este virtuosísimo Prelado, en honor del cual pronunció un discurso al cumplirse el XXV aniversario de su consagración episcopal.

Del afecto con que le distinguía el ilustre Obispo santanderino, nos da idea la carta oficio a que venimos aludiendo y con la cual queremos cerrar este como eco epistolar que las polémicas de prensa, en torno del famoso brindis del Centenario de Calderón levantaron. Dice así:

«Autorizado por numerosos fieles y sacerdotes de esta ciudad, ilustre y religiosa patria de V., e interpretando los deseos de los católicos de esta Diócesis, cumplo, como Prelado de la misma, en nombre de aquellos y por mí, el que todos consideramos gratísimo deber de dirigir a V. la más entusiasta felicitación por su magnífico brindis en el convite de catedráticos extranjeros y españoles, que tuvo lugar en esa corte en 30 del mes próximo anterior, con motivo del centenario del insigne poeta D. Pedro Calderón de la Barca.

Después de los piadosos sufragios por el alma de éste, el oportuno brindis de V. ha parecido, a los que tengo la satisfacción de representar en esta ocasión, lo mejor, sin ofensa de nadie, de cuanto en las pasadas fiestas del Centenario se ha dicho y hecho en honra del Príncipe de nuestra escena. Porque ese brindis es valerosísima profesión de fe católica, hecha a la faz del mundo, ante numerosa y respetable asamblea de doctos maestros, contra el naturalismo racionalista, que, por

medio de semi-paganas solemnidades, tiende a reemplazar el religioso culto de los Santos con el civil de los Sabios. Es también enérgica vindicación para el Catolicismo, de la gloria tributada en el centenario por todas las naciones cultas al poeta que, se inspiró en los sublimes dogmas y santísimos preceptos de la religión única verdadera, y que fué, por esto, calificado de inquisitorial por los protestantes. Es además satisfactoria explicación de por qué y hasta dónde han tenido los católicos el deber de intervenir en las fiestas del centenario de Calderón, si no habían de dejarse cándidamente arrebatar una gloria que tan peculiar y justamente les corresponde. Y es, en fin, testimonio de que la verdadera ciencia, de que a la sazón es V. en el mundo, por la divina misericordia, uno de los más ilustres representantes, se compadece con la fe, no excluye la verdadera libertad y es poderosa para sobreponerse dignamente a las patrañas de las sectas y a la vana garrulería de la mala prensa.

Sírvase V., pues, aceptar con ocasión de ese elocuente brindis, la más cordial enhorabuena y el testimonio del entusiasta afecto y respetuosa admiración de sus paisanos, los católicos de esta Diócesis. Y cuente V. con que todos estos y especialmente su indigno Prelado pedirán sin cesar al Dios de las ciencias, que, al modo que le plugo dar a V., como a Salomón, *sapientiam multam nimis*, así también le tenga siempre de su mano, para que ni los ataques le intimiden, ni los aplausos le disipen, sino que, rigiéndose por la hermosa regla de San Pablo, *no más saber que lo que conviene, y esto con sobriedad*, emplee su casi angélico talento y milagrosa ciencia, honra uno y otra de Santander, de España y aún del mundo, en conocer a Dios, como seguro medio de adelantar más cada día en la *supereminente ciencia del amor de Cristo, la cual nunca fenece, aunque se acaben las profecías y cesen las lenguas y sean destruídas las otras ciencias.*

Dios guarde a V. muchos años. Santander a 2 de junio de 1881. Vicente, Obispo de Santander.—Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Catedrático de la Universidad Central de Madrid, y Académico de la Real Española de la Lengua».

De otras muchas autoridades eclesiásticas y altas dignidades, así como de entidades, asociaciones religiosas y particulares, recibió Menéndez Pelayo cariñosas y entusiastas enhorabuenas; pero no es nuestro propósito el reproducirlas en estas páginas, sino dar a conocer a nuestros lectores el tono en que están escritas aquellas cartas, y para esto basta con las muestras que hemos presentado.

E. S. R.